

KINTSUKURIO (La capacidad de embellecer las heridas)

¿Qué hacer cuando se nos rompe un plato de cerámica? Posiblemente la opción primera es tirarlo a la basura. Si tiene un gran valor sentimental, quizá nos planteemos repararlo pero seguramente no quede bien. A fecha de hoy, en nuestra España con un nivel medio de desarrollo son altas las probabilidades de que acabe en un contenedor.

Cuenta una historia que en Japón a finales del S. XV, Ashikaga Yoshimasa envió a China dos de sus tazones favoritos para ser reparados. El arreglo se realizó a base de grapas de metal y el resultado fue de un aspecto tosco. Como esto no le agradó, buscó artesanos japoneses para que los repararan. Lo hicieron con barniz de resina mezclado con polvo de oro. El resultado le gustó y con el tiempo esta técnica se convirtió en un arte.



Los japoneses, que tradicionalmente han sido personas con una delicada filosofía sobre la vida, sugieren que las roturas y restauraciones forman parte de la historia de los objetos. No tienen por qué ocultarse sino que deben mostrarse e incluso le dan un aspecto más bello y son reflejo de su historia. *Kintsukuroi* o *kintsugi* es el arte japonés que emplea una resina mezclada con oro, plata o platino para reparar objetos de cerámica rotos dando lugar a una estética muy característica que crea una sensación de nueva vitalidad.

Algo así podemos aplicarnos las personas. Los golpes y las heridas son inevitables, forman parte de la vida. Bien porque hay veces que nos las ocasionamos nosotros o porque las provocan otras personas. Sin embargo, la adversidad puede ser una ocasión para tornarnos más fuertes e incluso más hermosos, pues las cicatrices son bellas lo mismo que las arrugas. Es cuestión de saber gestionarla para sacarle el mejor provecho. Curar heridas emocionales, superar dificultades y recomponer la vida rota es un proyecto que nos construye. La fragilidad y la capacidad de reestablecernos nos enaltece. Reconstruirnos con algunos valores como la ayuda a los demás, la gratitud y la generosidad, que hagan las veces del oro, pueden convertir nuestras heridas en riquezas para otros. Curiosamente los seres humanos tenemos unos mecanismos de adaptación llamados impulsos de reparación. Hay otro término, que a lo mejor les suena más, llamado resiliencia que es la capacidad de sobreponerse en situaciones límites. Renunciar a vivir por miedo a sufrir también nos priva de poder disfrutar de situaciones y emociones intensas y bellas, por lo tanto felices.

Siglos antes de que aquellos tazones japoneses fueran enviados a reparar, Dios hizo sus planes restauradores con los seres humanos. Formó a Jesús convirtiéndolo en un artesano espiritual y emocional de su época para curar heridas, aliviar dolores y sobrellevar sufrimientos de sus paisanos de Nazaret y alrededores. Fue reparador de los

cuerpos y almas resquebrajados por tanta lucha interna y externa. Él supo poner un barniz de humanidad espolvoreando con polvo de oro del Espíritu, plata de Dios y platino de elaboración personal. Así continúa la escuela de todos aquellos que desde hace siglos siguen reparando grietas transformándolas en motivos de belleza.

Juan Carlos Prieto T.
jukaprieto@hotmail.com

diciembre 2018